

# BIBLIOGRAFIA

**MATERIALES PARA UNA HISTORIA DE LA LENGUA VASCA EN SU RELACION CON LA LATINA**, por Julio Caro Baroja.—Salamanca, 1946.

Hace tiempo que teníamos pergeñadas unas notas a esta importante obra del conocido escritor, que hasta ahora no se han publicado por causas diversas. Se trata, 1.º, de una revisión de temas sobre la extensión del vasco con gráficos en general exactos\*. Refiriéndose a un trabajo mío me atribuye la categoricidad de **Leache** y **Exprogui** vasco, y **Aibar** y **Sada** castellanos, cuando en él sólo insinúa la probabilidad, pues los datos de 1780 no dan más luz. Refiriéndose a los datos de **Munárriz Urtasun**, copia sin discriminar como vasco, en el XVIII, **Lezaun**, **Iturgoyen**, etc., junto a **Beunza**, **Erice**, **Ciganda**, que son aún vascoñgados.

A propósito de este tema, tengo datos que prueban que los límites dados por Bonaparte no son definitivos; en efecto, el Príncipe recibía las comunicaciones de varias fuentes, y estas fuentes a veces disentían en un punto; no tenemos seguridad de que Bonaparte tomaba siempre el partido más fiel: respecto a **Sorauren** y **Oláve**, hemos leído en una carta al Príncipe de un boticario de Villava, dar como vasco, cerrado el 2.º y vasco potencial al 1.º; y otra de otro señor que daba el 1.º como vasco, corriente. Respecto a **Irurzun**, tengo datos personales de persona perspicaz digna de crédito que lo conoció en 1870 (fecha próxima a la del Príncipe (1863) en que la da por **vasco, cerrado**), en que los muchachos de 20 años no lo **hablaban aunque lo sabrían**; en cambio, hablaban los niños de **Echaberri**, etcétera. Estos y otros interesantes detalles, junto con un **Gráfico** de la situación del vasco, en Navarra en 1936, pueblo por pueblo, esperan ver la luz algún día.

Respecto a Puente la Reina (vasco **Garesh**), el P. Mendiburu, ya entonces, decía "lugares castellanos como Tafalla y Puente", cuando más de un siglo después, en 1890, había ancianos naturales de Puente que lo hablaban, pues es cosa cierta que ese pueblo fué de los últimos en la región en perder su idioma primitivo y he conocido un anciano hace 25 años que trabajó de chico en aquel pueblo y me aseguró detalles a ese respecto: él también lo hablaba a pesar de ser de **Salinas de Oro**, cuyo nombre vascoñgado **Chaize**, él me lo descubrió; no creo que se haya dado este dato anteriormente; ni Bonaparte, que pudo haber conservado los nombres vasco, de muchos pueblos que lo han perdido; el vasco, de Puente la Reina hacía el futuro en-ko y la j fuerte: **Jan-ko**, y **noyan-en**, como era lo común en la región.

En esa misma región, más al Sur, está Artajona, y obra en mi poder un volumen de los **Otoitz-gayac** de Mendiburu precisamente, con un sello en su 1.ª hoja que dice "**Cabildo Parroquial de Artajona**", detalle que se presta a comentarios. En otra parte publiqué otro dato que inclinaba a suponer vascofono ese pueblo por esa época. Ha estado muy aislado de las comunicaciones y hasta muy recientemente se conservaban términos de labranza en vasco, y las voces a los bueyes. Hoy se habrán sustituido por mulas.

Probablemente el P. Mendiburu se refería a vasco, cerrados, descono-

\* En el gráfico VIII de la Vasconia romana, rico en topografía arqueológica, aparece Mondragón entre los várdulos, por distracción sin duda.



ciendo el castellano. Por eso los datos a este respecto hay que ponderarlos con arreglo a la época. No hay duda que hoy llamamos vascos a quienes en tiempo de Bonaparte y más en el de Mendiburu, reputaban como castellanos. Y por eso mismo los datos de Broca y Bonaparte no coinciden, como observa Caro.

Recopila después Caro unas nociones con ejemplos de fonética del vasco. Y en otro capítulo de toponimia recoge una porción de datos sobre el origen románico **-anu(m)** del **-ain** de los nombres vasco que creemos generaliza demasiado. Parece seguro en muchos nombres como **Ansoain** (de Ancho), **Ainzoain**, **Amatriain**, **Andricain**, **Muniain** el origen románico de **-ain**. Sin embargo junto a **Ainzoain** tenemos **Ainciburu**, **Aincioa**, **Aincialde**, **Ancizar**, **Aincille**, **Anchicharburu**, **Anchieta**, en que no es posible olvidar el término **ainzira** (laguna). Tampoco parece decidido el origen del posesivo románico en **Aquiturain** que Caro hace proceder de un **Aquiturius**: **Astrain**, **Azerain** hay que relacionar con **Ester-ibar**, **Esterenzubi**, **Asterrieta**.

Se hace eco en este punto de lo tratado por G. Rohlf y Castro. Empezamos a preguntarnos si de la era larramendiana hemos pasado a la opuesta, en que se acechan etimologías románicas por el mero afán de notoriedad, sin ningún fin científico. No nos referimos con esto al autor, con muchas de cuyas conclusiones estamos de acuerdo. **Avitacus**, céltico, nombre de casa de un **Avito**, nos recuerda los vasco nombres de casas **Landa-coa**, **Benitone-cua**.

**Dorrano** vasco. **Dorrau** (como **Lazcano** es **Lazcao** y **Ochandiano** en vasco. **Otzandisho**, **Labiano**=**Labio**; aunque se den **Echano** y **Esain**, **Barañano** y **Barañain**), no es Alava sino la Barranca, y **Burutain** tampoco es **Ansoain**, sino **Anué**.

**Senosiain**, que el autor deriva de **Sinesius**, está relacionado con **Zenoz**. **Oricain** puede ser bien **-cain** y no el genitivo románico, pues el lugar está en alto. **Urbicain** también se relaciona con **Urbia**, **Urbieta**; **Urbina**, en cambio, está más cerca del románico.

**Basagaiz**, **Basongaiz**, más que patronímicos en **-iz** son compuestos de **gaitz**, grande. También **Guesalaz** significa Salinas y no es patronímico: hay allí un río Salado, y unas salinas.

**Garrués**, por excepción no es **Garrotze** como cree Caro, sino **Garbés** en vasco. Nos sorprende **Nardués**, **Arboniés**, **Binies** con sus vasco **Nardotze**, **Arbontze**, **Binzte**, que no conocíamos y esperamos nos dé el documento original. **Donianiz** no es patronímico en **-iz**, pues se trata de una deformación de **Donicnis**, **Donejoanis**. **Atagain** más que el alto del ganso, sería el alto del puerto. **Ata** en topónimos es **col**, **puerto-a**: como en **Ataburu**, puerto de la carretera de **Marcalain**. **Belate** (puerto de).

**Uriberriguchia** no dice **pueblo nuevo pequeño**, sino **...alto**; por **gotti**=**guchi**; así **Olazagutia** es de **Olazagoitia**, y tenemos **Ibarguehi** (Vizcaya) e **Ibargoiti** (Navarra).

**Arcangues** en vasco hace **Arrangoitze**, no **Arkangoitz**, y **Vidangoz**=**Bidankotze**, y no **Bidangotze**.

Al hablar de los escritores **Oihenart**, **Micoleta**, no interpreta exactamente mi opinión; pues yo me refería sólo a que los escritores éuskaros suletinos y vizcaínos, eran más claros antaño que sus colegas actuales, refiriendo siempre a lo escrito solamente.

El tema de las etimologías de topónimos desarrolla ampliamente, reuniendo multitud de opiniones, datos nuevos y ejemplos difíciles de hallar en los libros, y que servirán de mucho al estudioso.

Aunque en este tema, tan afecto a los vascos mismos y que tantos



desvaríos ha hecho escribir, nunca estará demasiado repetida la precaución que se ha de tener para sentar una interpretación categórica.

Hasta ahora las colecciones de topónimos han adolecido de una falta: pues para establecer luego comparaciones (y ésta es una de las seguras fuentes para el estudio de los orígenes del vasc.), es de todo punto preciso anotarlos en la grafía que se use o en la del documento, añadiendo siempre que se pueda, las circunstancias o cualidades del lugar, brevemente.

Otro tema de perenne atracción en estos estudios que el autor desarrolla ampliamente es el de los pueblos aquitánicos y pirenaicos, de donde hasta ahora, sin duda, más datos seguros se han sacado de la antigüedad éuscara, gracias al documentado Luchaire principalmente. Esperemos que en esta vertiente pirenaica de Aragón, Lérida y Andorra surja la emulación y se emprendan estudios similares que deberán comenzar por la Toponástica. El mejor acicate para ello será la lectura de la documentada obra (228 pág., XV gráficos y otras tantas ilustraciones) de Caro.

A. Y.



**SAN IGNACIO DE LOYOLA**, por Christopher Hollis.—Ediciones del Triente. Buenos Aires.

Un libro acerca de San Ignacio para uso de ingleses, y también, naturalmente, para quienes no lo son, aunque a su autor, el escritor católico inglés Christopher Hollis, le interese sobre todo vindicar ante sus compatriotas al más incomprendido y combatido de los santos. El punto de vista de Hollis, como es natural, es un punto de vista inglés. Francamente confiesa aspectos de la vida ignaciana que no afean a comprender, o se manifiesta disconforme con otros aspectos que chocan con la fría y aguda sensibilidad inglesa. Hollis, por explicar a sus lectores y, sobre todo, por explicarse mejor a sí mismo, el personaje objeto de su estudio, cuenta las cosas de manera muchas veces chocante, pero es indudable que su personal enfoque proyecta la luz sobre la figura del Fundador desde ángulos desusados. Hollis, hombre erudito, que encuadra a su figura de manera ciertamente notable en medio de la historia de su tiempo, observa en San Ignacio detalles que, por lo general, pasan inadvertidos. Me complace sobre todo señalar una observación del escritor inglés acerca de un aspecto del santo guipuzcoano muy poco notado, y que para mí ha sido singularmente grato. "Tenía también—dice Hollis de San Ignacio—un fuerte sentido del humor, aunque un tanto medieval". Es decir, para el escritor inglés, San Ignacio es un humorista, un humorista de sal un poco gruesa, pero sano humorista al fin y al cabo. Supremo elogio en boca de un inglés. Porque eso que el inglés llama humorismo, no significa primordialmente otra cosa que carácter. Y más todavía que carácter, porque la pretensión de descubrir carácter en San Ignacio es irrisoria. El inglés, en esa gota de excentricidad que destila el humorista, acostumbra ver el Genio. Es lástima que Hollis pase tan rápidamente sobre tan interesante aspecto de la vida de San Ignacio. El escritor inglés que se lamenta de la insensibilidad de San Ignacio por la obra de Erasmo, probablemente hu-



biera hallado la clave de la supuesta incomprensión en ese mismo humorismo ignaciano que sentía verdadero placer poniendo en ridículo el divismo y la petulancia intelectual. En la biografía ignaciana los ejemplos abundan.

El autor se ha valido, sobre todo, para escribir su libro, de la obra del Padre José María March, S. J., intitulada "San Ignacio de Loyola-Autobiografía". Honradamente confiesa que no pretende verificar ningún descubrimiento biográfico; para él, todo ha sido ya descubierto en la vida de San Ignacio; lo interesante es descubrir y razonar sus motivos espirituales.

Los apellidos vascos aparecen, a lo largo de la obra, completamente alterados. Por ejemplo, el apellido Eguibar, al pasar por la pluma de Hellis, queda convertido en Esquibar; el apellido Garagarza, en Arabeya.

J. de A.



**LEGAZPI, CONQUISTADOR DE FILIPINAS, por José de Arteche.—Icharopena. Zarauz, 1947.**

José Arteche ha añadido una cuenta más a su rosario de biografías guipuzcoanas. Suelen ser las suyas de tono épico, porque la epopeya ejerce siempre un gran poder de atracción sobre la masa de lectores ávidos de lo heroico.

El URDANETA de Arteche estaba desamparado sin su medio él que era Legazpi. Algo ha tardado en hacerle compañía. Pero ahí está a su vera con el garbo de su vida compartida con el admirable fralle navegante en la ruda empresa de la conquista de las islas descubiertas por Magallanes.

El ya acreditado biógrafo de guipuzcoanos ilustres es esencialmente arquitecto del libro. Quiero decir que posee la difícil técnica constructiva de los libros armoniosos. Y este libro de ahora no desmiente esa característica tan acusada.

Por lo demás, este LEGAZPI está elaborado con la honestidad a que nos tiene acostumbrados su autor. Es fruto de una laboriosa consulta de fuentes y de un atinado despojo de noticias librescas.

Quizá, cayendo en lo hipercrítico, se pudiera presentar alguna objeción al tópico de un Legazpi escribano. Pero tan unánime es su proclamación como tal, que sería aventurado sostener la opinión contraria. Baste decir a este respecto, lanzando una interrogante en el vacío, que quienes con más autoridad y con más oportunidad pudieron dar luz sobre esto, es decir, los informantes requeridos para esclarecer los antecedentes de Miguel López de Legazpi, guardan un significativo silencio sobre esa dubitada actividad profesional suya.

Vaya una enhorabuena más a Arteche, que acaba de lanzar también al público lector una segunda edición de su gran SAN IGNACIO, estudiado con calor de paisano y con fervor de devoto.—F. A.

**VIDA, AMOR Y MUERTE. Sonetos por Esteban Calle Iturrino, 1947. Bilbao.**

Un retrato de María de la Cruz, hija del poeta, con las fechas de su nacimiento y muerte, abre el libro que, a más abundamiento, está dedicado a ella. Excusado es decir que el volumen entero, fragante ramo de sonetos, tiene el perfume del recuerdo y el dolor de la hija muerta.

"Todo es en torno mío estéril yermo.  
A: final del camino, cuanto alcanza  
Mi vista en derredor o en Jontananza  
Es infinito erial. Ya nunca duermo."

La fina sensibilidad del poeta, en constante vigilia, da agudos de honda ternura; son sus versos rayitos de luz tenue que atraviesan el filtro del cristal, junto a la contraventana entreabierta y se clavan en su estancia oscurecida. El mismo dolor los aviva y les da tonalidades de prisma, descomponiéndolos en todos sus matices como a una lluvia de primavera. Pero no basta el dolor para hacer el milagro de dar luz y gracia a las gotas que por sí caerían rígidas, obedientes a un principio dinámico. Es preciso dividir el alma en partículas sin que la división las reduzca en su ser para que esté toda ella en cada una de las partes lo mismo que si fuera un misterio teológico. Y, para esto, no hay más que tener en el corazón una flor que se deshaga en esencias sin perder su forma ni su contenido.

"Para trocar la vida en un poema  
Tener el corazón siempre en capullo."

Dice el poeta en uno de sus versos más felices y que mejor compendian el sentido poemático del libro: "Tener el corazón siempre en capullo."

Esteban Calle Iturrino, caballero andante en su ciudad bilbaína, ha tenido siempre en el pecho una flor que ahora se le ha encendido de amargura y ha hecho de la vida, del amor y de la muerte un poema con pétalos y esencias de jardín.

M. C.-G.

**APUNTES DE LA RÍA DE BILBAO, por Alfonso Churruga. Bilbao, 1947.**

"La ría de Bilbao es para mí sagrada;  
si para los bilbaínos es riqueza y progreso,  
para mí, que no entiendo apenas de eso nada,  
tiene un valor más alto, mucho más alto que eso",

decía José del Río Sáinz en sus "Versos del mar y otros Poemas", y no tengo inconveniente en repetirlo yo con emoción parecida. No es, pues, extraño que cuando cayó en mis manos el folleto que comento —magníficamente editado, por cierto— me entregara a él, abiertamente, dejando a un lado lo que tenía en ellas. Pero no somos solos el poeta y yo quienes tenemos especiales afectos en la ría bilbaína. Si el poeta dijo, "si revolvéis



las aguas y encontráis esa rosa—volvédmela, ¡esa rosa es la juventud mía!”, ¿qué no podrá decir el autor de los *Apuntes*? Para él la ría es más que la juventud y la vida misma, es el propio linaje. Cuando, publicado el Código de Comercio, desapareció el Consulado de Bilbao y se constituyó primero la Junta de Comercio y después la de Obras del Puerto, se nombró director de ella al padre del autor, don Evaristo Churruca. El fué quien al hacer el puerto, dió vida y rango a la ría. Para él ha de ser, pues, una joya de familia.

Así se comprende el profundo cariño con que ha tratado el tema. La sombra amorosa de su padre velaría su trabajo no sólo en cuanto a la ría en sí, sino en cuanto a su historia, porque D. Evaristo Churruca, además de autor del puerto, ha sido el más escrupuloso historiador de la ría; hasta las monedas romanas que los dragados en ella pusieron de manifiesto, han sido historiados por él con amor y competencia de numismático. Cuando las cosas se hacen con cariño tienen que salir bien por fuerza, y a D. Alfonso de Churruca le han salido los *Apuntes* perfectos, tanto que lo único que no lo es tanto es el título, porque la verdad es que el contenido rebasa el pabellón que lo cubre; hay mucha documentación, excelente arquitectura y garbo literario. Por otra parte, la presentación es inmejorable. No es un folleto, aunque el número de páginas lo catalogue de tal, es un gran libro.

M. C.-G.



**SANTA CASA DE LOYOLA.** Por el P. Juan M.<sup>a</sup> Pérez Arregui, S. I. Madrid.

La Santa Casa de Loyola ha ejercido siempre un gran poder de atracción sobre las modernas corrientes peregrinas. Por eso quizá han inscrito las agencias de viaje al valle de Iraurgi entre sus itinerarios turísticos, al paso que sus complicados autobuses han desalojado periódicamente su carga humana ante los peldaños tallados en mármol del Izarraltz.

Un guía, de pintoresco pero exacto decir, ilustra antaño a los visitantes sobre las particularidades que entrañaba ese gran relicario de la santidad guipuzcoana, y todos ellos salían extraordinariamente complacidos de la visita, sin parar mientes en la superfluidad de los recuerdos acumulados por un exceso de cariño sobre el mejor recuerdo: la sobriedad primitiva de la primitiva mansión.

El guía literato y erudito habría de producirse entre los hijos del gran santo guipuzcoano. Y nadie mejor preparado para ejercer esa función que el especialista en el estudio de la vida guipuzcoana del Fundador de la Compañía, es decir, el meritísimo historiador P. Pérez Arregui. Este, que había logrado ese propósito, en cuanto al aspecto literario y erudito del texto, en una primera edición, ha alcanzado ahora la plenitud de sus designios en esta segunda que está valorada, en contraste con la primera, por espléndidas ilustraciones en huecograbado, que casi, casi, con verlas y con leer las doctas explicaciones del autor, hacen innecesaria la visita personal a la Casa. Y esa sería tal vez la primera reacción del lector, si sobre ella y con caracteres impetuosos no se alzase la segunda que es un impulso

irresistible a ver con vista de ojos aquello que tan atrayentemente se presenta merced a los modernos procedimientos de ilustración.

Es, en suma, el fascículo que aquí se comenta un insuperable guía puesto al servicio de las corrientes de peregrinación dirigidas hacia la cuna de la Compañía de Jesús.

F. A.



**LA FORMACION DE LAS VILLAS EN GUIPUZCOA, por M. Ciriquilain-Gaiztarro. - Separata de la "Revista de Estudios de la Vida Local".**

Sobre fundación de Villas en Guipúzcoa hay bastante literatura firmada por juristas y por historiadores. Unos y otros han ensayado algo de filosofía de la historia sobre el tema. Pero hay que reconocer que la tal filosofía ha resultado demasiado barata.

Ahora es un imaginativo, por poeta y por novelista, el que ha dedicado su atención al asunto. Y, cuando todos esperábamos un estudio grácil, tocado de pinceladas de humorismo, nos sale Ciriquilain-Gaiztarro con un trabajo a fondo en el que ha dado de mano a todos los recursos que pudiera brindarle su fértil imaginación.

Porque él, en lugar de pedir un préstamo a la divagadora hermenéutica, ha fondeado en los mismos documentos y, lanzada el ancla, no se ha movido del asunto hasta dejarlo totalmente esclarecido. Su procedimiento de trabajo es el que se pide al más metódico de los investigadores: estrujar el documento y obtener de él mismo la esencia reveladora.

Papeles cantan, dice el adagio. Y, por lo que hace a las cartas-pueblas de nuestras Villas, hay que reconocer que cantan en tono mayor. Ellas en su nativa ingenuidad lo dicen todo. Y lo dicen de manera distinta, porque a cada una de ellas presidió su sino particular.

Claro está que, tratándose de obra de Ciriquilain, no habían de estar ausentes los recursos del arte literario que con tanto garbo maneja su pluma. Y ahí está todo en una pieza: objetividad rigurosa de investigador avezado y claridad, mucha claridad, producto de una pluma para quien no tiene secretos el difícil arte de exponer.

F. A.

